



PERIÓDICO RELIGIOSO ILUSTRADO,

PUESTO BAJO LA PROTECCION ESPIRITUAL DE S. S. EL SUMO PONTIFICE.

COLABORADORES. Bremón (Ilmo. Sr. D. José María). Catalina (Excmo. Sr. D. Severo). Cueto (Excmo. Sr. D. L. A. de).		Colegial (El). Fabraquer (Excmo. Sr. conde de). Fernández Bremón (D. José). Forteza (D. Guillermo).	Frontaura (D. Carlos). Garrido (D. Esteban). González de Tejada (D. José). Hoz y de Liniers (D. V. de la).	Lafora (D. Juan Bautista). Mendoza de Vives (S.ª D.ª María). Mestre y Marzal (D. Carlos). Pérez Guzmán (D. Juan).	Rodríguez Cortina (D. Federico). Sabando (D. Julian Manuel de). San Javier (vizconde de). Seigas (D. José).	Serrano (D. Gaspar Bono). Silió y Gutiérrez (D. Evaristo). Sinués de Marco (S.ª D.ª M. del P.). Tamayo y Baus (D. Manuel).
PRINCIPALES ESCRITORES SAGRADOS CUYAS OBRAS HAN DE SER CONSULTADAS Ó REPRODUCIDAS EN EL CURSO DE ESTA PUBLICACION.						
SANTA TERESA DE JESÚS. SAN AGUSTÍN, ob., dr. y fr. SAN BUENAVENTURA, ob. y dr. SAN JERÓNIMO dr. y fr. SAN IGNACIO DE LOYOLA. SAN JUAN CRISÓSTOMO, ob. y dr.	BALMES (D. Jaime). BAUTAIN (abad). BOSSUET (obispo de Meaux). BOURDALOUE (P. Luis). DONOSO CORTÉS (D. Juan). DUPANLOUP (ob. de Orleans).	FEIJÓO Y SOTOMAYOR (D. Benito). FENELON (arz. de Cambray). FLECHIER (ob. de Nîmes). FLEURY (abad). FLOREZ (P. Mtro. Enrique). GALLEGO (D. Juan Nicasio).	GRANADA (Fr. Luis de). GRATRY (abad). LACORDAIRE (P. J.). LEON (Fr. Luis de). LISTA (D. Alberto). MADRIGAL (D. Alonso de).	MALLEBRANCHE. MARIANA (P. Juan de). MASCARON (ob. de Agen). MASSILLON (ob. de Clermont). MATHIEU (cardenal). MONTALEMBERT (conde de).	PADRE FÉLIX (de la C.ª de Jesús). POSADA RUBIN DE C. (patriarca). RAVIGNAN (J. Adrián de la Cruz). SCIO DE SAN MIGUEL (D. Felipe). VEUILLOT (D. Luis). WISSEMAN (cardenal).	
DIRECTOR: ILMO. SR. D. JOSÉ PULIDO Y ESPINOSA.						

SUMARIO.

Sección biográfica: EL PADRE MARIANA, por D. José Pulido y Espinosa.—EL ABATE MARCHENA, traduccion, por Doña Angela Grassi.—**Variedades:** ¡MARIA! cantos de amor, por D. Antonio Riba y Aguilera.—PLEGARIA ESPAÑOLA (imitacion oriental), por el mismo.—UNA VISITA A LA TRAPA, por Marcus.—**Sección recreativa:** LAS ÁNIMAS, por D. Carlos Frontaura (continuacion).—**Sección poética:** EL OCASO, por D. José Fernández Bremón.—**Miscelánea.**
Grabados: EL PADRE MARIANA.—UNA CALLE DE JERUSALEN.

SECCION BIOGRÁFICA.

EL PADRE MARIANA.

Ha dicho nuestro inmortal Balmes: «Todos conocen al historiador, muchos no conocen al hombre.» El autor de la *Historia de España* es célebre entre nacionales y extranjeros; pero muchos de éstos, y no pocos de aquellos, están léjos de pensar que el jesuita de Toledo haya sido uno de los hombres más extraordinarios de su tiempo. Y no es porque no se halle escrita su vida, ni porque sus obras yazcan en la oscuridad; al contrario, se ha tenido el cuidado de escribir la vida de este hombre ilustre con mucha diligencia y nota-

ble esmero, y en cuanto á sus obras, forman todavía nuestra lectura cotidiana. ¿Qué falta, pues, para conocerle debidamente? Falta, á nuestro entender, la cabal apreciacion del conjunto de sus cualidades, de su talento, de su carácter, de su espíritu de altanera independencia, cualidades que le crearon una posicion particular y le mantuvieron en ella durante su dilatada carrera.

Además, Mariana es una de nuestras glorias, y el recordar su nombre es recordar uno de los más bellos títulos de nuestra pasada grandeza. ¡La España ha caído en tanto abatimiento! ¡Es tan desgraciada! ¡Y los desgraciados toman gusto en alimentarse de recuerdos!...

«¿Quién era Mariana?» He aquí otro rasgo para el que haya de escribir su vida. ¿Quién era ese hombre, que sin más armas que la pluma se atrevía á desafiar los dos más grandes poderes de su siglo, la Inquisicion y los reyes? ¿Era un filósofo sincero, ó uno de estos escritores que halagan las pasiones de los pueblos para hacerles instrumento de sus ocultas y ambiciosas miras? ¿Cómo, el que fué consultor del Santo Oficio, pudo negar la autenticidad de la Vulgata, y denunciar sin tregua los

abusos de la Iglesia? ¿Cómo, el que no vaciló en dedicar al Monarca sus principales obras, pudo legitimar en las mismas, y hasta santificar el regicidio? ¿Cómo, el que de muy jóven habia abrazado la regla de San Ignacio, pudo revelar á los ojos del mundo los defectos de la compañía, á la cual debia por esto hacerse sospechoso?»

En medio de todos los antecedentes del escritor, y otros muchos que han ocupado á varios de sus biógrafos, la memoria de Mariana se nos trasmite, y pasará á la posteridad cubierta de gloria, é inmortalizado su nombre, no debido por cierto á lo ilustre de su cuna ni á la grandeza de sus progenitores. No es esto objeto de nuestros rasgos biográficos. Sus detractores y malos intérpretes de su doctrina, han mojado en hiel sus plumas, descendiendo á minuciosidades de su nacimiento, que aun siendo ciertas, su vida y méritos literarios, no solo engrandecen á su patria, Talavera de la Reina, sino la España entera se envanece en contarle entre sus más ilustres hijos.

Al presentar hoy *nosotros* al P. Mariana, no nos lleva otra idea que el recuerdo de uno de los célebres personajes que tan bien sientan en el plan que se ha propuesto EL MUSEO CA-

tórico, estampando su retrato y reseñando sus obras, como lo hicimos con el P. Florez, y seguiremos nuestra tarea con el innumerable catálogo de grandes hombres de eterna memoria.

Entre las obras que nos ha legado el inmortal Mariana, parece la *Historia general de España*, la que formará su gran reputación literaria; pero nosotros creemos que en la época en que escribió la historia de su nación se hallaba ya muy levantado su nombre en el mundo científico, como gran teólogo, literato brillante, latinista perfecto, orientalista profundo y uno de los primeros publicistas de su siglo. Las cátedras de Teología que desempeñó en Roma y en París, le habían conquistado una fama europea; de manera, que con tales antecedentes, su *Historia de España* será siempre un glorioso monumento que le aseguró la inmortalidad.

La *censura de la Biblia régia ó la Poliglota*, es un documento que enaltece al Padre Mariana, y no es extraño que el Cardenal Quiroga lo tuviese como un oráculo suyo en todos los grandes negocios, y señaladamente en cuanto se refería á examen y certificación de libros y obras escriturarias.

Su libro de *Rege et Regis institutione*, que tanto escándalo produjo en París hasta el punto de ser condenado por el Parlamento como sedicioso, prueba, no solo su gran talento, sino la independencia de su carácter, rayando hasta la osadía en una obra que se propuso fuese para instrucción del Príncipe, que después fué el Rey Felipe III, pero que le acarreó grandes sinsabores y una horrible persecución, y hasta en nuestros días se ha querido empañar su nombre, apoyándose la demagogia en las doctrinas de Mariana, violentando su sentido y dando torcidas interpretaciones á muchos de los pasajes de su obra. Citaremos uno que se ha expuesto hace pocos años.

Quiérese suponer que Mariana era enemigo de la Monarquía hereditaria, y en comprobación citan el libro primero de su obra, de que nos ocupamos, y traducen sus capítulos III y IV de una manera contraria á lo que expresan; pues si bien se hace cargo en ellos del pró y contra de la Monarquía hereditaria, existe su opinión clara y distintamente en su favor.

En la cuestión de si es lícito el tiranicidio, también se comete el mismo error por muchos de sus detractores, puesto que la pintura que hace de un rey tirano en su capítulo V, es bastante para resolver cuándo podría llegar el raro caso de ser lícita la rebelión, no faltando, sin embargo, biógrafos que sostienen que sus doctrinas en este y otros puntos tenían el objeto de prevenir la tiranía y evitar los abusos, pero no aumentar la demagogia ni alentar el

principio revolucionario ni los trastornos sociales.

En el último capítulo de esta obra, dividida en tres libros, se propone hablar de la religión, y su letra y espíritu todo es una grave exhortación á los reyes y príncipes para que jamás usurpen el poder espiritual de la Iglesia; ántes bien, les inculca la estrecha obligación que tienen de obedecer su autoridad, hacerla respetar de sus Estados, velar por su observancia, honrar al Sacerdocio, como Ministerio de Dios, proteger sus derechos y defender su propiedad para el sosten del culto y del personal eclesiástico, asegurando (como en son de profecía) que los bienes de la Iglesia jamás enriquecen los Estados, ántes bien, la usurpación de ellos viene á servir para empobrecerlos: *quasi contactu rerum sacrarum consumptis etiam regis vectigalibus*.

Los *Siete Tratados* son opúsculos que el P. Mariana escribió en distintas épocas, y que revelan la variedad y extensión de sus conocimientos. Esta publicación compone un tomo en folio, dividido:

- 1.º *De la venida de Santiago á España.*
- 2.º *De la edicion vulgata de los libros sagrados.*
- 3.º *De los espectáculos, ó sea Memorias de Mariana al Rey N. S. contra la representación.*
- 4.º *De la alteracion de la moneda.*
- 5.º *Del día y año de la muerte de Cristo.*
- 6.º *De los años de los árabes, cotejados con los nuestros.*
- 7.º *De la muerte y de la inmortalidad.*

Este último, lleno de amargas verdades, fué objeto de la gran persecución que se hizo al P. Mariana, por cuyo contenido fué preso y encausado como reo del mayor delito, hallándose ya en la edad de setenta y tres años, pero sin perder ni la energía de su carácter ni la inflexible integridad de un filósofo, manifestando en sus declaraciones que no transigia nunca con los abusos del poder, sin perder tampoco el respeto y la sumisión, propias de un súbdito fiel al monarca y celoso por el bien de sus conciudadanos: por fin, después de un año de prisión, salió libre, sin que pudiera probarsele delito de lesa majestad.

Los *Escolios del Nuevo y Viejo Testamento*, fué la obra que lo ocupó los últimos años de su vida, y se publicó en 1619, habiéndose hecho en ménos de un año dos impresiones. Sus años y achaques le impidieron realizar su proyecto de escribir un esolio á cada uno de los libros sagrados, muriendo lleno de merecimientos en la casa profesa de Toledo, en 1623, á los ochenta y siete años de edad.

Fué de pequeña estatura, de aspecto hermoso, frente espaciosa y serena; en su mirada, firme y penetrante, se revelaba la entereza y

fuerza de su carácter. Fué de ánimo elevado, de grande corazón y sufrimiento invicto, honrador de la verdad, de la libertad y de la religión, casto en sus obras y palabras, modesto, parco y muy silencioso, enemigo de la holganza, despreciador de las dignidades. Su talento extraordinario, fecundado por los profundos conocimientos en las ciencias y su gran laboriosidad. Fué, en fin, un sábio igual á los mayores que ha producido España, y una notabilidad científica de su época.

Como nuestro objeto en estos apuntes biográficos no sea mas que colocar en nuestro Museo un diseño para que el público lo estudie, no debe extrañarse nos limitemos tanto, sin darle todas las luces de que es susceptible, ni descendamos á cuantos detalles se presta en el terreno de la juiciosa é imparcial crítica el gran valer de una tan gigantesca figura, que al mirarlo tanto bajo el punto de vista científico como literario, pudieran escribirse algunos tomos biográficos y bibliográficos del gran escritor de historia como de filosofía, de religión como de política, y de economía como de Hacienda.

J. PULIDO Y ESPINOSA.

EL ABATE MARCHENA.

Monsieur Antoine Latour, que tanto renombre ha logrado adquirirse con sus muchas y bellas producciones sobre la literatura de nuestra patria, insertó el siguiente curioso artículo biográfico en el *Correspondant* del 25 de Febrero del presente año 1867, publicación literaria y religiosa de la mayor importancia, que sale mensualmente en París bajo la dirección del católico y sábio conde de Montalembert. Creemos que nuestros suscriptores nos agradecerán que les demos á conocer la traducción castellana de dicho artículo, debida á la bien cortada pluma de la señorita Doña Angela Grassi. Dice así:

Riouffe, en sus cortas, pero interesantes memorias, refiere, que habiendo sido preso en Burdeos el 4 de Octubre de 1794, en compañía de un español, fué trasladado con él á París y encerrado con él en la Conserjería, faltando poco para que ambos subiesen juntos al mismo cadalso.

Pero dejemos hablar á Riouffe:

«Yo, dice, habia sido preso juntamente con un español, que bajo la garantía de la fé nacional, habia venido á buscar la libertad en Francia, y que perseguido por la Inquisición religiosa de su país, habia caído en manos de

la Inquisición política de los comités revolucionarios.

Es imposible que exista un alma más verdadera y enérgicamente apasionada por la libertad, ni más digna que la suya de gozarla. Podía decirse que su destino era el de ser perseguido por su causa, y de amarla siempre con mayor extremo.

Referir mis desventuras, equivale á referir las suyas: la persecución de que éramos víctimas tenía el mismo origen, nos aherrojaron las mismas cadenas, los mismos calabozos oyeron nuestras quejas, y el mismo golpe debía terminar nuestras vidas.

Riouffe prosigue el relato de sus desventuras, á las cuales el español se encuentra siempre asociado; pero ¡cosa extraña! nunca jamás le llama de otro modo.

Parece, sin embargo, que un hombre á quien se tributan semejantes alabanzas, no podía ser un cualquiera. Por poco que el narrador ménos preocupado con las desgracias de su causa hubiese fijado la atención en su compañero de infortunio, se hubiera apercibido de que el español merecía que á lo ménos se le diera un nombre.

Es verdad, que en medio de la grandiosidad de aquellos acontecimientos extraordinarios y de la espantosa rapidez con que se sucedían los unos á los otros, el individuo importaba muy poco; es cierto que la multiplicidad de las prisiones hacía que no se distinguiese de personas; que solo el cadalso alcanzaba á ponerlas en evidencia, y que el español no había sido del número de los privilegiados; pero á pesar de estas consideraciones, parece que lo que debía conmover el corazón de Riouffe, en favor de su compañero de desdichas, y lo que le conmovió, en efecto, fué el que sufriese por la causa de la Gironda, y siendo esto así, y uniéndolo á este título el de extranjero, era natural que nos dijese de dónde había venido, y cómo se había alistado bajo de una bandera que no era la suya.

Por otra parte, aquel hombre no pertenecía al común de los hombres: había tenido su momento de triunfo, había osado desafiar á Robespierre y arrojar al rostro del altivo tribuno algunas palabras enérgicas, que ha recogido y conservado la historia.

Parece, pues, que Riouffe, al recobrar su libertad y al escribir sus memorias, hubiera debido consagrar un recuerdo á estos hechos; pero tal vez tenía que guardar algunas consideraciones hacia los vencedores, y el español en esta época se había declarado en guerra abierta contra ellos. ¡Es tan natural que seamos prudentes al salir de una prisión!

Pero ¿quién era ese español que el encono de la montaña había confundido con los gironinos, sepultándole en los mismos calabozos?

Era Marchena, á quien sus compatriotas llaman todavía el abate Marchena, era uno de esos generosos locos, que las grandes causas atraen muchas veces al foco de su luz, no admitiéndolos, sin embargo, entre sus adeptos, sino llevan en tributo, juntamente con un genio brillante, un aumento de popularidad que asegure su triunfo.

Bajo un punto de vista más elevado, considerábase á Marchena como á una de esas pobres almas á quienes dominaban entónces en España, como en todas partes, las ideas Volterianas y las máximas políticas de Rousseau, para precipitarlas en un abismo sin fondo, en el cual luchaban y gemían, sin poder nunca jamás volver á subir á la superficie.

La vida de Marchena, en efecto, nos hará asistir á uno de esos combates largos y dolorosos que no tienen por término ni la victoria ni el descanso.

Y no obstante, ¿quién creará que este volteriano del país de Santa Teresa era un poeta, un verdadero poeta, que si hubiese visto la luz un siglo ántes hubiera ocupado un lugar distinguido en la literatura española?

Nada se sabía acerca de Marchena mas que lo que nos revela nuestra propia historia y acabamos de ver por el testimonio de un contemporáneo suyo, que sin embargo le tiene en mucha estima el escaso lugar que ocupa en ella.

Tocaba de justicia á la España decirnos algo más sobre este extraño personaje, y en efecto, tenemos á la vista un artículo muy interesante, que arroja una nueva luz sobre tan aventurera existencia.

Esta noticia la debemos á uno de nuestros amigos, á Don Gaspar Bono Serrano, capellán de Honor de S. M. la Reina Doña Isabel II, y que es también, como he demostrado en otra ocasión, un eminente poeta.

Para tener su verdadero colorido, la vida de Marchena necesitaba un biógrafo cristiano.

Yo seguiré, pues, en este relato, á Don Gaspar Bono Serrano, comentándole algunas veces, pues soy demasiado de su opinión para no tener el derecho de refutarle cuando lo juzgue oportuno, añadiendo á sus noticias los detalles que yo mismo he recogido, y no haciendo, en general, mas que compendiar ó traducir su artículo.

Nació José Marchena el 18 de Noviembre de 1768, en esa risueña ciudad de Utrera, que yo he llamado *ciudad de los Labradores*, y hubiera podido esperarse de él un Teócrito ó un Melendez, más bien que un fogoso aliado de la revolución francesa, pues era hijo de don Antonio y de doña Josefa Ruiz y Cueto, los cuales se esmeraron en darle una educación perfectamente cristiana, destinándole, conforme á sus piadosos deseos, al estado eclesiástico.

co. Por lo tanto, en su primera juventud recibió la tonsura y las órdenes menores, y esto explica el título de abate con el cual es conocido.

El celoso Bono Serrano, no queriendo de ningún modo que hubiese un desertor más en las filas de la milicia eclesiástica de España, se dedicó con generoso ardor y afán prolijo á inquirir los verdaderos derechos que había tenido Marchena á este título de abate.

La fortuna coronó sus esfuerzos, y pudo al fin hallar á un primo suyo, venerable anciano de ochenta años.

Este honrado é imparcial sobreviviente á una época de turbulencias, tanto en España como en todo el mundo, le ha asegurado que su primo, á quien él había conocido muchísimo, se había negado constantemente á secundar las miras piadosas de sus padres; que en su infancia no había aprendido mas que un poco de gramática latina; que no había querido jamás que le hablasen de filosofía y mucho ménos de teología, pero que en cambio había hecho un estudio profundo de la lengua francesa y de su literatura.

¡Llegó un día en que tuvo que hacer difíciles pruebas en estas materias!

Más tarde, cuando su talento y sus pasiones le hubieron grangeado rivales y enemigos, se encontraron gentes malévolas que le calumniaban, diciendo que había sido ordenado de diácono. Por fortuna, existen todavía en Utrera algunos contemporáneos suyos, que niegan rotundamente este hecho.

No satisfecho aun con tales declaraciones el piadoso Bono Serrano, quiso que una prueba material viniese á confirmar las pruebas morales, y aunque habita en Madrid, se valió de la amistad que le une á un canónigo de la catedral de Sevilla, cuyo testimonio es asimismo de gran peso, para que examinase con sumo empeño los registros de ordenaciones del Arzobispado, resultando de estas diligencias que Marchena no había recibido mas que las órdenes menores.

Podría decirse en abono de nuestro aventurero, que su resistencia á la voluntad de sus padres provenía sencillamente de falta de vocación para el estado eclesiástico, pero por desgracia, era otro el móvil que le impulsaba. Las ideas que entónces dominaban en Francia, habían adquirido infinitos prosélitos en España, y aunque el aislamiento de su ciudad natal hubiese preservado del contagio á sus apacibles habitantes, el joven Marchena corrió sin duda á su encuentro, yendo á buscarlas á Sevilla, distante solo cuatro leguas de Utrera, en donde debió terminar sus estudios.

Contaba apenas veintiun años de edad, cuando estalló la revolución francesa. Exalta-

da su imaginación con el ruido de este grandioso acontecimiento, olvidó que la Inquisición gozaba aun de todo su omnímodo poder en España. Sus amigos, alarmados, le advirtieron secretamente de que corría un gran peligro permaneciendo en el país, y de este número fué el célebre Lista, que había sido su profesor en la Universidad de Sevilla.

Yo he adquirido este dato de un discípulo de Lista, á quien sin duda se lo había revelado el mismo maestro.

Marchena, que por otra parte, no estaría descontento de ver un poco el mundo, no esperó un segundo aviso, y se refugió en Gibraltar. La elección de su retiro y el nombre de Lista, me hacen creer que en esta época se hallaba en Andalucía, de la que tal vez nunca había salido.

Estando en Gibraltar, era libre de ir adonde quisiera; pero entonces, un joven que estuviese dotado de alguna imaginación, no veía en Europa mas que la Francia. El volcán atraía irresistiblemente alrededor de su cráter, á todas las inteligencias amantes de lo nuevo y ávidas de lo desconocido.

Llegado á París, desplegó Marchena para subvenir á las necesidades de la vida una actividad extraordinaria, ajena al carácter español, y esta es sin duda la causa de que no se hallase bien en su país.

Hablaba y escribía el francés con suma facilidad, circunstancia muy favorable para que pudiese arbitrarse muy en breve mil recursos.

Parece que Marat fué el primero que le brindó con su amistad y sus servicios, cosa que á la verdad no le hace mucho honor, pero hay que tener en cuenta, que sobre ser los españoles de suyo confiados, Marchena era muy joven, y Marat estaba lejos entonces de parecerse al hombre repugnante que despues se dió á conocer con este nombre.

La revolución le había encontrado médico de las caballerizas del conde de Artois, y creo que á la sazón ejercía aun este cargo.

El sábio encubría el odioso tribuno futuro, y Marchena no vió por de pronto mas que sus grandes conocimientos científicos. Aceptó, pues, con sumo reconocimiento la proposición que le hizo, de escribir en el periódico fundado por él en 1789, con el título del *Publicista Parisien*, que ya había cambiado de nombre, tomando el de *El amigo del Pueblo*.

Poco á poco, sin embargo, Marat se quitó la máscara, explanando claramente sus verdaderas doctrinas, y Marchena se retiró de una sociedad que ya empezaba á inquietarle, y que más tarde le hubiera causado horror. ¡No era este el bello ideal que había ido á buscar en Francia!

Para ponerse al abrigo de los odios que se

había suscitado como redactor del *Amigo del pueblo*, se dirigió á los girondinos, y halló en Brissot un protector más honroso. Por otra parte, sus ideas estaban perfectamente de acuerdo con las de los girondinos. Corrió por lo tanto su misma fortuna, y abandonó á París al propio tiempo que los jefes de su partido, si no lo hizo ántes que ellos, pues la estancia en la capital era tan peligrosa para él como para los demás.

(Se continuará.)

VARIEDADES.

¡MARIA!

CANTOS DE AMOR.

¡Doctrinarios! políticos y filósofos racionalistas que queréis sujetar los problemas divinos á vuestro cálculo limitado y miserable,



EL PADRE MARIANA.

apartad: no leáis estas páginas, que no encontréis en ellas el hielo de vuestros corazones de pedernal.

Pasad, pasad hollando con furor impío la senda que os produce controversias, en las que gastáis vuestros años, delirando siempre, y siempre enloqueciendo con las ideas tumultuarias y furiosas aberraciones que abortó una escuela de impías necedades y sacrílegos errores...

Pasad hoy, que al fin vendreis á nosotros ó serán sepultados vuestros huesos con la cargada estólida que arrojaréis sobre vuestros sueños mentidos.

¡Católicos! hijos de la fé, nobles y dignos hijos de la madre España, en quienes se agita un corazón no mancillado por las corrientes impías, para vosotros escribimos, para los que elevan á Dios su alma pura y no le escarnecen con blasfemias ni imprecaciones de horror!

¡Doncellas cristianas! ¡jóvenes piadosas

que habeis levantado un altar al Señor en el fondo de cada uno de vuestros corazones!

¡Hijos de la infancia, capullos de rosa cuya corola difunde el aroma de la inocencia, en vosotros reside la fé, y para vosotros es tambien nuestro canto!

Oíd, queridos niños, yo os amo.

Y quiero aproximarme á vuestra cuna para adormeceros con mis cantares.

Pero ántes debo revelaros y enseñaros á pronunciar un nombre que no debeis olvidar nunca en vuestra peregrinación, porque es el emblema de la felicidad, de la alegría, y augurio de un porvenir el más dichoso.

¡*Maria!*—¡*Maria!* fuente inagotable de esperanza, sol siempre fijo en los horizontes de nuestra existencia; ¡*Maria!* dulce nombre que todos invocamos en las grandes tribulaciones y dolores, pues á medida que adelantamos en los siglos vemos todos los poderes humanos huir como sombras y todas las civilizaciones anegarse, y *Maria* flotar siempre sobre todos los naufragios, ejerciendo santa maternidad en nuestro espíritu, conduciendo á los pueblos que se cobijan á su sombra saludable hasta más allá del sepulcro, á la eterna felicidad, como que *Maria* es el árbol de eterna vida, que con sus flores perfuma de virtudes nuestro sér, y con sus frutos alimenta nuestra alma, y con su sombra infunde calor á nuestra vida.

¡*Maria!* ¡Dulce nombre que vibra en nuestros oídos como los celestiales acordes del arpa santa!

Antes de dormiros, al despertar, al contemplar el cielo, la luz, la oscuridad y todas las bellezas de la natura, elevad vuestras manos al firmamento y decid con voz argentina:

¡*Maria!* ¡*Yo te amo!* Y *Maria* tambien os amará; y la vereis sonreír al fulgor del sol esplendoroso, y en la carroza diáfana de la luna, y en toda la armonía de la creación.

¡*Maria!* ¡*yo te amo!* Y lluvias de bendición descenderán sobre vuestras frentes ornadas de áureas diademas de querubines.

¡Infancia! emblema del candor y la pureza, *Maria* es tu protectora.

¡Himnos! ¡himnos sin fin á *Maria* cántele la inocencia, porque el acento de la inocencia es siempre grato á tu maternal corazón!

¡*Madre de amor!* El naufragio te tiende sus brazos ateridos, y la nave empavesada te saluda desde lejos con una exclamación unánime de alegría.

¡*Madre de amor!* para tí las flores, para tí las brisas, para tí el arrullo de las aves, las perlas crecidas entre las algas de los mares.

¡*Madre de amor!* para tí las galas, para tí las bellezas de la inspiración, para tí las creaciones del artista.

¡Madre de amor! para tí ese cielo que sonríe de ventura, ese cielo radiante de la tierra ibera.

Para tí el éter purísimo que difunde en esa concha una vitalidad seductora, un hálito impregnado de esencias y de bálsamos.

Para tí ese sol magnífico, radiante, esplendoroso.... ese sol, hermoso reflejo de la luz de tu divino rostro,

Para tí esa luna, pendiente sobre el firmamento como la lámpara de tus altares; para tí esas estrellas fulgurantes como diamantes sembrados en el manto de tu majestad.

¡María! ¡Bendita seas!

¡Bendita! ¡Bendita! ¡Bendita! repite el hombre poseído de entusiasmo con tus hechizos.

¡Bendita seas! exclaman fervientemente todos tus hijos en los himnos que te cantan.

¡Bendita seas! gorgean las aves de la mañana que anidan cerca de tí, sin hacer caso de la alborada, cuyas alas de nácar esparcen rocíos adiamantados, que semejan lluvias de plata!

¡Bendita seas! dice el navegante cuando al través de la densa nube que fijan los horizontes del Occéano descubre la veleta del santuario en que te sientas.

¡Bendita seas! exclama el hombre salvado por tí de las aficiones terrenas.

¡Bendita seas! la garza de amor, cuyos labios, nunca manchados de hiel expiden eternamente una risa más dulce que las auras que los besan.

¡Bendita seas! fuente de saludable alegría, de indefinida ventura, cuyas aguas siempre templaron la sed del que las buscaba.

¡Bendita seas! dicen las flores, enviándote sus esencias con sus caricias, engalanando tu frente con sus variados colores, y ornando de elegancia tus altares!

¡Bendita seas! repiten los mares oprimidos por el Eolo que levanta rugientes borrascas, y te piden con sus gemidos tiendas sobre ellos tu manto de paz, iris de bonanza que serena los combates de su hondo seno y convierte la crespada superficie en un lago argentado!

¡Bendita seas! repiten después acariciándote con sus azules ondas, enviándote sus auras templadas y presentando en tus playas las conchas, las perlas, los corales y los preciosos pólipos que vejetan en sus pensiles!

¡Bendita! ¡Bendita! ¡Bendita! exclama la voz de la creación inmensa; y plantas, y flores,

y aguas, y aves, y cielo y tierra dicen en eterna é infinita canción: ¡Bendita! ¡bendita! ¡bendita!

Y este humilde hijo tuyo, Señora, aprovecha estas páginas dedicadas á tu cariño, para decirte:

¡Bendita seas, madre de mi amor!

ANTONIO RIBA Y AGUILERA.



UNA CALLE DE JERUSALEN.

PLEGARIA ESPAÑOLA.

(Imitación oriental.)

¡MADRE MIA DE MI ALMA!

Hay una nación cuyas glorias son tantas como las arenas de sus mares, como las flores de sus campos, como las estrellas de su cielo.

Hay una nación dos veces santificada por las plantas de María, cien veces coronada por los triunfos de su fé, mil veces favorecida como hija predilecta del Catolicismo.

Esa nación es la España....

La España va á enseñar á sus hijos el cántico de sus esperanzas, la plegaria de sus necesidades, el himno de sus aclamaciones y el poema de sus glorias.

Oíd, mares, que en revueltos torbellinos bramáis con ruido de consternación....

Oíd, aquilones y huracanes, que haceis hablar á los bosques y á las selvas el lenguaje de los horrores....

Oíd, truenos, que lleváis á desconocidos firmamentos el eco de vuestros estampidos....

Oíd, cielos, que en eternas armonías resonáis....

Oíd, pueblos y naciones, y... aprended.

Este es el cántico de alabanzas que un pueblo de héroes consagra á María Inmaculada.

Este es el himno de las grandezas de la Madre y de los amores de sus hijos.

Esta es la plegaria popular de la primitiva fé española.

Oíd... oíd...

La España dobla su rodilla sobre el césped de sus campos, cruza los brazos sobre el pecho, levanta á los cielos su mirada, y descubriendo con su fé el trono de María Inmaculada, dijo con voz que ningún pueblo podrá imitar:

¡Madre mia de mi alma!!! Y por sus mejillas se deslizó una lágrima que Dios santificó con su aliento, porque era lágrima que hizo brotar del corazón el fuego de los amores.

Y se levantó sobre sus piés, y ciñendo sus sienes con la diadema del Catolicismo, gritó con grito de entusiasmo:

Este es el himno de las grandezas de mi Madre y de los amores de mis hijos.

Esta será la plegaria popular de la primitiva fé española.

¡Madre mia de mi alma!! Voz de la luz que luces enciende en el firmamento, palabra de suavidad

que embalsama el ambiente con su aroma, armonía misteriosa que el huracán apacigua, que los mares calma, que hace enmudecer al trueno y que á los rayos encadena.

¡Madre mia de mi alma!!! Voz de amor que amores engendra, palabra de dulzura que ambrosía destila, melodía celestial que en coros de ángeles convierte las orgías de los pecadores.

¡Madre mia de mi alma!!! Si esta palabra cae en la tierra, dulcificará las aguas de los mares, y flores y frutos brotarán las piedras vivas.

¡Madre mía de mi alma!!! Si esa palabra sube á los cielos, el iris la escribirá con sus colores, la estrellas con su luz y los soles con sus lumbres.

¡Madre mía de mi alma!!! Si esa palabra cae en la tierra, la vereis matizada en las flores y bordada en las corrientes de los ríos.

Y la repetirán las aves con sus gorgoros y las brisas con sus murmullos.

¡Madre mía de mi alma!!! Si esa palabra sube á los cielos, los cielos enmudecerán al escuchar los encantos de tanta melodía.

¡Madre mía de mi alma!!! Esa palabra es más expresiva que el elogio en boca de la elocuencia, es más armoniosa que los ecos de la poesía, es más entusiasta que un himno, es más sublime que una epopeya; esa palabra es más tierna que todas las plegarias.

¡Madre mía de mi alma!!! Esa palabra es la vida que en trasportes se dilata, es el corazón que en suspiros se deshace, es el alma que de amores desfallece, es la mente que en delirios se extasia.

¡Madre mía de mi alma!!! Esa palabra es el amor de María, que transforma al hombre en ángel; esa palabra es la gracia de Dios, obrando en el corazón de la criatura.

¡Oíd, hijos míos, españoles, oíd!!!

Cantad como yo canté, llorad como yo lloré.

¡Madre mía de mi alma!!! Y vuestra voz será el lenguaje de los ángeles, y vuestro llanto será el llanto de los soles; llanto de resplandores que inflaman, lenguaje de amores que santifican.

¡Madre mía de mi alma!!! Llevad al mundo esa palabra, y el mundo os contemplará como la más ilustre de las razas.

¡Madre mía de mi alma!!! Llevad á los mares esa palabra, y esa palabra os conducirá por rutas desconocidas para haceros señores de nuevos mares y de nuevos mundos.

¡Madre mía de mi alma!!! Llevad á los cielos esa palabra, y los cielos os abrirán sus puertas, y los querubines se preguntarán...

¿Qué almas tan privilegiadas son esas que llaman Madre á la que nosotros llamamos Reina?

Decid, decid, hijos míos *¡Madre mía de mi alma!!!* cuando el cielo niegue el rocío á vuestros campos, cuando el hálito de la muerte emponzoñe vuestro suelo, y el cielo se deshará en lluvias de fecundidad, y el soplo de Dios purificará el ambiente.

Decid, decid, *¡Madre mía de mi alma!!!* y ángeles os dará Dios que á vuestros padres asistan en su ancianidad, que á vuestras madres acompañen en sus desvelos, que vistan á vuestros hijos la túnica de la pureza, que vean el sueño y los juegos de vuestros niños.

Decid, decid, hijos míos, *¡Madre mía de mi alma!!!* y á los horrores de las guerras

sucedrán las delicias de la paz, y lo que fué plegaria en la aflicción sea también el himno de vuestros triunfos.

¡Madre mía de mi alma!!! gritó Pelayo en Covadonga; y á su voz se levantaron los montes y sepultaron las huestes de la media luna.

¡Madre mía de mi alma!!! gritaron el Cid y Fernando; y las vírgenes del Turia y del Guadalquivir rompieron sus cadenas de esclavas y volvieron á ceñir sus diademas de reinas.

¡Madre mía de mi alma!!! gritó Colón en los últimos momentos de su esperanza; y los mares se abrieron y brotaron nuevos mundos.

¡Madre mía de mi alma!!! se oyó en Otumba, en Lepanto y en Bailén; y el coloso de las selvas, y el coloso de los mares, y el coloso de los pueblos, fué siempre derrotado, más que por el filo de la espada, por la fuerza de la popular plegaria española.

¡Madre mía de mi alma!!! gritó la segunda Isabel al ver levantado el brazo regicida; y la acerada punta del puñal quedó embotada en una de aquellas lises que decoran el manto de la orden consagrada á María Inmaculada.

¡Madre mía de mi alma!!! gritó Pío IX en la catástrofe de Santa Inés; y sale incólume entre montones de escombros, y con irradiaciones prodigiosas, aparece intacta aquella imagen de María, que siempre fué escudo del Pontífice.

¡Madre mía de mi alma!!! grité, hijos míos, en las luchas del siglo racionalista, y vino á la tierra palabra de Dios, que decía: ¡María es Inmaculada.

Hijos míos, hijos míos, vosotros, los fuertes como el bronce, vosotros, los hijos del hijo del trueno, vosotros, los de la fe ciega, los de la piedad entusiasta, los del amor ardiente, llorad, llorad cuando digais á María... *¡Madre mía de mi alma!!!*

Que las lágrimas que derrameis no serán el llanto de los débiles, serán el entusiasmo de los héroes.

Tomad, hijos míos, tomad; esa palabra es vuestra herencia, en esa palabra está el secreto de vuestro poder y de vuestra ventura.

¡Que mi palabra se grave en vuestras almas!...

Pronunciadla en vuestros dolores, pronunciadla en vuestras alegrías, y bálsamo será para vuestros dolores, y dilataciones recibirá el corazón para nuevas alegrías.

¡Madre mía de mi alma!!! pronuncien el monarca y el vasallo, el pobre y el rico, el niño y el anciano.

¡Madre mía de mi alma!!! sea vuestro himno de guerra.

¡Madre mía de mi alma!!! sea vuestro himno de paz.

Dijo... y con la punta de su lanza y con el fuego de su fe escribió en el corazón de todos sus hijos

¡MADRE MIA DE MI ALMA!

ANTONIO RIBA Y AGUILERA.

UNA VISITA A LA TRAPA.

Hæc est domus Dei; beati qui intrant in eam.

...Y tiré de la campanilla del convento.

En tanto que miraba la puertecilla de color oscuro que separa para siempre del mundo aquel puñado de hombres desengañados, se abrió lentamente el ventanillo, se vió pasar una sombra á través de la rejilla: en seguida fuimos reconocidos.

—Podeis pasar, señores, nos dijo el hermano guardián.

Y resonando aun en las misteriosas profundidades de la antigua abadía los últimos ecos de la campanilla, pasamos los umbrales de la santa casa, y ese indefinible malestar que todo el mundo siente en presencia de lo desconocido, se habia apoderado ya de nosotros. ¿Qué íbamos á ver en aquel retiro, que habia detrás de aquellos muros, cuyo secreto se nos iba á revelar de un momento á otro?

El novicio del hábito pardo nos enseñó en primer lugar el patio en que acabábamos de penetrar, y nos preguntó sonriendo qué era lo que deseábamos ver.

—Todo, respondió nuestro guía.

Principiamos por la capilla, que es sumamente pobre, sin más muebles que unos bancos de encina, en que está marcada la huella de la oración por las rodillas de los monjes. Los oficios se celebran día y noche con gran frecuencia. En la sacristía se guardan los pobres ornamentos sacerdotales de los padres que dicen la misa. Algunos, no pocos trapenses, son sacerdotes, y se les da el nombre de padres: los demás son regulares, y se llaman hermanos. Los primeros llevan hábitos blancos con capucha negra, los segundos visten de sayal. El Padre estuvo muy amable enseñándonos el relicario de la capilla; algunas ocurrencias de nuestros compañeros de viaje le hicieron reír extraordinariamente. Vimos también el báculo y la mitra del Padre Abad (tiene la dignidad mitrada investida por Roma), solo que el báculo es de madera sin tallado alguno, y la mitra de lienzo blanco bordado de lana amarilla.

El Padre Abad usa también el anillo obispal y la cruz pastoral, una simple cruz de madera como el báculo, suspendida de un cordón morado. Esto dice por sí solo que no se ha fundado la orden para alimentar vanidades mundanas en el corazón de sus dignatarios. Todas las prerogativas del Padre Abad se reducen al elevado puesto que ocupa al frente de la mesa en el refectorio cuando come, y á la cabeza del dormitorio cuando duerme.

Después del Abad, viene inmediatamente el Prior, que lo mismo puede ser sacerdote que hermano. El uno es alto y seco, el otro pequeño y regordete.

El Padre sacristán nos dió muy interesantes detalles sobre la orden del Cister, fundada en 1140, y restaurada en 1662 por el Abad de Rancé, cuyo magnífico retrato adorna una de las salas del convento. La regla de la orden subsiste con toda la se-

verdad que él la estableció; el orden de la casa, es, por tanto, admirable.

No obstante, yo hube de perder allí una de mis ilusiones sobre el famoso:

—¡Hermano, morir tenemos! que se dicen al encontrarse los trapenses. Esta es una de las mil fábulas que la credulidad pública propaga y que duran siglos enteros. Los monjes están condenados al silencio, excepto el Padre Abad, único que puede hablar en todas partes. Los demás, cuando las necesidades del servicio lo exigen, se comunican por medio de pequeñas rotondas de madera, establecidas á cierta distancia unas de otras, por medio de las cuales se cambian en voz baja algunas cortas palabras. Está absolutamente prohibido el elevar la voz en *clausura*, es decir, donde quiera que se ejercitan los actos de la vida monástica, dormitorio, capilla, refectorio, etc. La extensión del claustro hace necesaria la construcción de esa especie de locutorios de que me he ocupado más arriba.

Entramos también en la cocina, que es grande y bien cuidada. Dos hermanos, remangados de brazos, mondaban legumbres ante una enorme marmita, más que marmita, caldera.

Una tablilla colgada en la pared, llama en primer lugar la atención.

Aviso á los hermanos de servicio.

La sopa clara lo primero.

Pedimos la explicación de este extraño anuncio, y el cocinero nos enseñó dos sopas, una sólida y cargada de legumbres, que podría sostener un espadín derecho, destinada á los vigorosos estómagos de los hermanos jóvenes que cultivan el suelo; la otra, mucho más caldosa, para los pobres viejos sin dientes, cuyo estómago enjuto no siente las imperiosas necesidades de los treinta años.

Desde la cocina, atravesando un largo corredor, fuimos al refectorio: una mesa larga y estrecha, con bancos á los lados, constituía todo el ajuar. Cada religioso tiene un tosco cubierto de abeto, una hortera para la sopa y otra para las legumbres, una servilleta de lienzo crudo, una taza de loza ordinaria para beber la sidra mezclada con agua, de cuya bebida se les sirve un jarro para cada dos.

Cada hermano tiene marcado un sitio con una pequeña tablilla, en que está escrito su nombre. Los tres dignatarios del convento, Abad, Prior y Vice-Prior, se sientan en un pequeño estrado bastante más alto que la mesa común, y su cubierto es de boj en lugar de abeto. Durante la comida, hay lectura de libros santos en voz alta.

Cuando un hermano llega tarde, se dirige con los brazos cruzados delante del Abad, que á veces le obliga á permanecer largo tiempo en pie como castigo de su negligencia: cuando le parece que está bastante castigado, le manda sentar con un ademán. Cuando el Padre Abad no llega á la hora, viene también á colocarse delante del Prior, su inferior gerárquico, y sufre humildemente la postura con que éste juzga conveniente castigarle.

En la despensa, pequeña pieza situada al lado del refectorio, se ocupa un hermano en cortar y pesar el pan de cada uno, media libra cada comida. También en esto hay privilegio para los ancianos: al que lo pide se le da el peso cabal de pan sin corteza.

El alimento de los trapenses es de vigilia, con absoluta exclusión de otro alguno: ni el pescado siquiera puede formar parte de sus comidas, que se componen de legumbres cocidas con agua y sin man-

teca. Los días de gran fiesta, se permiten el lujo de arroz con leche sin azúcar.

Después nos condujeron al jardín, que está labrado por los hermanos mismos, y al cabo del cual se encuentra el cementerio. No es cierto, como comúnmente se dice, que cada trapense dé una azadonada en su fosa todas las mañanas. Acaso haya servido para acreditar esta especie una disposición de la regla, según la cual, ha de haber siempre una fosa abierta en el campo santo, triste aposento que espera un cadáver. Cuando la muerte lo cierra, la comunidad abre otro inmediato.

Las horas que no están consagradas á la oración ó á la meditación, se emplean en trabajos agrícolas, ó en la dirección de una colonia penitenciaria de jóvenes detenidos, situada á un tiro de bala de la abadía. En los inmensos jardines del convento, los trapenses siembran y recogen todo lo que consumen. El trabajo de los campos se hace en silencio: los religiosos trabajan juntos, sin dirigirse jamás la palabra.

El hermano que nos conducía, y que afortunadamente para él, poseía el privilegio de la palabra, nos decía suspirando:

—Hay aquí hermanos á quienes estoy viendo hace cuarenta años, á cuyo lado como, bebo y duermo, sin conocer siquiera el metal de su voz.

Nuestra visita terminó con una colación que nos ofreció el Prior en la celda del Obispo.

Los cubiertos eran de plata; nos dieron vino añejo, queso excelente, fabricado en la misma abadía, y frutas que nos parecieron deliciosas.

Los religiosos que pudieron hablar con nosotros, eran todos personas de muy distinguida educación, y que parecían contentos y satisfechos.

Y no obstante, cuando salimos del hospitalario asilo de Nuestra Señora de la Trapa, el sol nos pareció más radiante, más tibia la atmósfera, más fácil la vida. En el momento en que nuestro coche daba la vuelta al estanque que linda con la selva hoy talada, por la cual se vuelve al alegre pueblo de Morlaque, vimos pasar dos hermanos con la cabeza baja, el azadon bajo el brazo izquierdo, ocultas las manos en los anchos pliegues de sus mangas. Caminaban y rezaban al mismo tiempo, y á algunos pasos de nosotros, un padre con su hábito blanco guardaba unos carneros, meditando, inmóvil como una roca.

Y yo seguí mi camino, llevando conmigo un sentimiento profundo de respeto hacia esa religión que inspira á los hombres el heroico ascetismo de los primeros siglos cristianos.

MARCUS.

SECCION RECREATIVA.

LAS ÁNIMAS

por

DON CÁRLOS FRONTAURA.

(Continuación.)

Juan escribió á Teresa y á su padre dos cartas que rebotaban alegría y esperanza, y que expresaban toda la gratitud que debía al Todopoderoso el valiente soldado, que después de seis años de servir en el ejército, expuesto á todos los peligros de la vida militar, y viendo de continuo la muerte junto á él, podía go-

zar el inefable placer de volver sano y salvo al suelo que le vio nacer, con el corazón tan puro y bueno como cuando salió de la aldea, y con la halagüeña esperanza de hallar una mujer, un ángel, con quien compartir los placeres y las penas de la vida, y todo esto, después de la satisfacción de haber cumplido con su deber y de haber logrado la consideración de cuantos habían tenido ocasión de conocer sus nobilísimas prendas.

Juan, que tan feliz podía ser y tanto lo merecía, no gozaba, sin embargo, felicidad completa. Sabía el secreto de su compañero, de su hermano Andrés, sabía que éste le odiaba de muerte, que no se creía satisfecho sino con su desaparición del mundo, y esta idea le apenaba y le angustiaba el corazón, no porque temiera el odio de Andrés, sino porque este odio era para él como la ingratitud de un hijo para con su padre, porque era señal infalible de que el corazón de Andrés estaba completamente cerrado á todo sentimiento noble y generoso, y que en él reinaban despóticamente todas las malas pasiones, porque Juan amaba á Andrés, como el padre ama al hijo ingrato que contra él se vuelve, y porque era Juan una de esas naturalezas generosas, muy raras en el mundo, que sufren con la pena del prójimo y con la alegría y el amor del prójimo se regocijan como con sus propios placeres.

Libróse bien Juan de leerle la carta que escribió á Teresa, anunciándole el fin de la campaña y del tiempo de su empeño, porque como sabía que Andrés sufría con su alegría, parecíale una buena acción evitarle las penas que pudiera, ya que no acertaba á librarle de la horrible pena á que se ve condenado el envidioso, como el que está bajo la tremenda presión de un mal pensamiento.

Pero no dejó de proponerle volver juntos al lugar de su nacimiento, á lo que accedió Andrés, no sin aconsejar antes á su amigo que, puesto que sus jefes le proponían colocaciones ventajosas en la corte, y que se le ofrecía ancha y cómoda vida, prefiriese esta halagüeña posición á la vida monótona, oscura y pobre de la aldea.

En este consejo de Andrés vio Juan el deseo que éste tenía de alejarle de Teresa y de separarse de él.

—Quizá, se dijo Andrés, la voz de la conciencia le dice que será un horrible imperdonable crimen atentar á mi vida, y quiere evitar la ocasión.

—No, Andrés, le dijo: juntos hemos crecido en nuestro bendecido pueblo, juntos salimos de él hace seis años para cumplir con el deber que tiene todo ciudadano de servir á su país; juntos hemos corrido todos los peligros de la vida militar, y juntos hemos de volver allí

donde nos esperan nuestros vecinos, nuestros amigos, que se honrarán tanto, sabiendo que los hemos representado en la defensa de la patria tan cumplida y valerosamente. Pero si tú no quieres volver, si te place probar fortuna en la corte, libre eres, querido Andrés, y no seré yo quien contrarie tu inclinación.

—Yo no, contestó Andrés; sea como tú quieras.

En el semblante de Andrés advirtió Juan una siniestra sombra.

VIII.

Una tarde, á tiempo que sonaba el toque de ánimas, Juan y Andrés se ponían en camino, con dirección á su aldea.

—A esta misma hora, dijo Juan, salimos hace seis años del mismo sitio adonde volvemos ahora, á esta misma hora te encontraron, pobre amigo mio, sofocado bajo los cadáveres de nuestros hermanos de armas.... Recemos, Andrés, recemos por ellos y por sus pobres desconsoladas familias, que llevarán eternamente luto en el corazón, y demos, pues, gracias á Dios porque te salvó milagrosamente de la muerte, y porque nos ha permitido volver á nuestra casa, que tantas veces hemos creído no ver más.

(Se continuará.)

SECCION POÉTICA.

EL OCASO.

¡Qué tranquilo yace el viento
cuando declina la tarde!
¡Qué rojas están las nubes!
¡Qué verdes están los árboles!

El sol se esconde á lo lejos
entre espléndidos celajes,
como bajel que se pierde
en la extensión de los mares.
Apénas trasponse el cielo
ya no le cantan las aves;
las aves, como los hombres,
saludan al sol que nace.
Horas de grata esperanza
para el venturoso amante;
horas de dulce tristeza
en que el alma se complace,
rodeada de misterio,
desposeída de afanes,
tan bellas como sentidas,
como sentidas, fugaces.
En el sereno horizonte
empiezan á destacarse
estrellas desvanecidas
como lluvia de diamantes;
horas en que el pensamiento
emprende el vuelo del ángel,
y son realidad los sueños
y sueños las realidades.
Cuando en el alma tranquila
ninguna duda combate,
¡qué dulce será la muerte
al declinar de la tarde!

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON.

MISCELÁNEA.

El cólera ha dejado huérfanos en Albano á ciento veinte niños de ambos sexos, que han sido recogidos en un hospicio, organizado recientemente por su Eminencia el Cardenal Sacconi, digno sucesor de Mgr. Altieri.

Varios periódicos han solicitado que se facilite á los señores curas párrocos el uso de la correspondencia oficial en todos aquellos casos en que tienen que comunicar á las administraciones de Hacienda, á los gobernadores y á las demás autoridades todas las noticias que se les pidan, pues les es sumamente gravoso el franqueo que tienen que abonar por este concepto.

Los agentes de la autoridad, en Badajoz, han preso al sacristán mayor de la catedral, contra quien recaen vehementes sospechas de haber intentado ro-

bar la caja del cabildo, practicando una escavación desde el cuarto en que habitaba.

Los vigilantes se apercibieron de cierto ruido sospechoso, y practicando un escrupuloso reconocimiento, hallaron la escavación debajo de un armario.

Dicen de Viena que han llegado allí dos dignatarios de Roma, para entrar en negociaciones con el gobierno sobre la cuestión del Concordato, y para examinar el estado de los conventos y de la propiedad eclesiástica en Austria.

La orden de los dominicos, que había desaparecido de Inglaterra desde el tiempo de Enrique VIII, va á establecerse dentro de pocos días de un modo permanente en Londres, donde en otros tiempos tenía un convento tan importante, que después de trescientos años, el barrio donde estaba situado lleva todavía su nombre.

El convento principal lo tendrán en Haverstock-Hill, cuyo edificio no está todavía terminado, necesitándose aun dos ó tres años para concluir la iglesia, que podrá contener de siete á ocho mil personas. Entretanto, los frailes celebrarán el Santo sacrificio de la misa en la biblioteca, convertida provisionalmente en capilla.

El cuadro de San Pedro, de Ticiano, que se ha quemado en el incendio de una capilla de una de las iglesias de Viena, no será reemplazado por ningún otro, sino por una inscripción conmemorativa que se pondrá en el sitio que ocupó.

Los trabajos de restauración de la gran cúpula de Jerusalén, que tan vivamente interesan al mundo cristiano, avanzan rápidamente. Se espera que la iglesia del Santo Sepulcro esté reedificada por completo para las fiestas de Pascua del año próximo de 1868.

Se anuncia en los círculos diplomáticos de Viena, que la reina Maria de Hannover se ha convertido al catolicismo.

Siguese creyendo en Roma que el cardenal Antonelli será nombrado camarlingo de la iglesia, pero seguirá desempeñando el cargo de secretario de Estado.

Si este nombramiento se verifica, será muy bien acogido, pues durante el cónclave, todos los asuntos espirituales y temporales de Roma van á cargo del cardenal camarlingo; de suerte, que se requiere para ello un cardenal que esté al corriente de estos asuntos.

Además, el nombramiento del cardenal indica que el Papa tiene secretos que confiarle para cuando esté vacante la Sede. Estos secretos serán tal vez algunos breves ó bulas para derogar las constituciones ordinarias del cónclave, en el caso en que la revolución intentase perturbarlo.

PUBLICACION DE EXTRAORDINARIO LUJO.

MARÍA MAGDALENA.

NOVELA BÍBLICA ORIGINAL

POR

ANTONIO DE PADUA.

CON UN PRÓLOGO

DEL

ILMO. SR. DR. D. JOSÉ PULIDO Y ESPINOSA.

BASES DE LA PUBLICACION.

María Magdalena se publicará por entregas de 8 grandes páginas, de papel superior.

A cada cuatro entregas acompañará una lámina magnífica.

Cada entrega costará medio real en toda España.

Los suscritores de provincias han de pagar adelantado el importe de doce entregas, remitiendo doce sellos de correos de los de 50 milésimas de escudo, ó letra del Giro mútuo.

UNICO PUNTO DE SUSCRICION.

Administración de *El Cascabel*, Hileras, 4, Madrid.

En provincias todos los corresponsales de esta empresa.

La primera entrega próximamente.

EL MUSEO CATÓLICO,

PERIÓDICO RELIGIOSO ILUSTRADO

PUESTO BAJO LA PROTECCION ESPIRITUAL DE S. S. EL SUMO PONTÍFICE

Sale á luz en los días 8, 16, 23 y último de cada mes.

Constará cada número de un pliego en folio, que compone ocho páginas á tres columnas, ilustradas con magníficos grabados, representando vistas, monumentos, retratos, episodios históricos, atributos, solemnidades religiosas, y todo, en fin, cuanto tenga relacion con el culto católico.

PRECIOS.

	Trimestre.	Semestre.	Año.
EN MADRID. 4 reales al mes.			
PROVINCIAS. { Directamente á la Administración.....	14	26	50
{ Por medio de los comisionados.....	15	29	56
EUROPA..... { Giro directo, francos.....	5	9,50	17,50
{ Por comisionado, id.....	5,50	10,50	20
ANTILLAS..... { Directamente, ps. fs.....	"	2	4
{ Por comisionado, id.....	"	2,12	5
AMÉRICA Y OCEANÍA. { Por giro, ps. fs.....	"	"	6
{ Por corresponsales, id.....	"	"	7

Administración, Hileras, 4, bajo.

MADRID. 1867.—Imp. de D. C. Frontaura, Hileras, 4, bajo.